

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

*Benedicto XVI*

## Homilía

XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS 2012

# Santa Misa de clausura

28 de octubre de 2012

---

Venerables hermanos, ilustres señores y señoritas, queridos hermanos y hermanas:

El milagro de la curación del ciego Bartimeo ocupa un lugar relevante en la estructura del Evangelio de Marcos. En efecto, está colocado al final de la sección llamada "Viaje a Jerusalén", es decir, la última peregrinación de Jesús a la Ciudad Santa para la Pascua, donde Él sabe que lo esperan la pasión, la muerte y la resurrección. Para subir a Jerusalén desde el valle del Jordán, Jesús pasó por Jericó, y el encuentro con Bartimeo tuvo lugar a las afueras de la ciudad, mientras Jesús, como anota el evangelista, salía «*de Jericó con sus discípulos y bastante gente*» (Mc 10,46); gente que, poco después, aclamará a Jesús como Mesías en su entrada a Jerusalén. Bartimeo, cuyo nombre, como dice el mismo evangelista, significa 'hijo de Timeo', estaba precisamente sentado al borde del camino pidiendo limosna. Todo el Evangelio de Marcos es un itinerario de fe, que se desarrolla gradualmente en el seguimiento de Jesús. Los discípulos son los primeros protagonistas de este paulatino descubrimiento, pero hay también otros personajes que desempeñan un papel importante, y Bartimeo es uno de ellos. La suya es la última curación prodigiosa que Jesús realiza antes de su pasión, y no es casual que sea la de un ciego, es decir, una persona que ha perdido la luz de sus ojos. Sabemos también por otros textos que en los evangelios la ceguera tiene un importante significado. Representa al hombre que tiene necesidad de la luz de Dios,

preciosas para nuestra vida, y que no son materiales, que podemos perder. En esta perspectiva, Bartimeo podría ser la representación de cuantos viven en regiones de antigua evangelización, donde la luz de la fe se ha debilitado, y se han alejado de Dios, ya no lo consideran importante para la vida: personas que, por eso, han perdido una gran riqueza, han "caído en la miseria" desde una alta dignidad —no económica o de poder terreno, sino cristiana—, han perdido la orientación segura y sólida de la vida y se han convertido, con frecuencia inconscientemente, en mendigos del sentido de la existencia. Son las numerosas personas que tienen necesidad de una nueva evangelización, es decir, de un nuevo encuentro con Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. Mc 1,1), que puede abrir nuevamente sus ojos y mostrarles el camino. Es significativo que, mientras concluimos la Asamblea sinodal sobre la nueva evangelización, la liturgia nos proponga el evangelio de Bartimeo. Esta Palabra de Dios tiene algo que decirnos de modo particular a nosotros, que en estos días hemos reflexionado sobre la urgencia de anunciar nuevamente a Cristo allá donde la luz de la fe se ha debilitado, allá donde el fuego de Dios es como un resollo que pide ser reavivado, para que sea llama viva que dé luz y calor a toda la casa.

La nueva evangelización concierne toda la vida de la Iglesia. Se refiere, en primer lugar, a la pastoral ordinaria, que debe estar más animada por el fuego del Espíritu, para encender los corazones de los fieles que regularmente freqüentan la comunidad y que se reúnen en el día del Señor para nutrirse de su Palabra y del Pan de vida eterna. Deseo subrayar tres líneas pastorales que han surgido del Sínodo.

La primera corresponde a los *sacramentos de la iniciación cristiana*. Se ha reafirmado la necesidad de acompañar con una catequesis adecuada la preparación al Bautismo, a la Confirmación y a la Eucaristía. También se ha reiterado la importancia de la Penitencia, sacramento de la misericordia de Dios. La llamada del Señor a la santidad, dirigida a todos los cristianos, pasa a través de este itinerario sacramental. En efecto, se ha repetido muchas veces que los verdaderos protagonistas de la nueva evangelización son los santos: ellos hablan un lenguaje comprensible para todos, con el ejemplo de la vida y con las obras de caridad.

En segundo lugar, la nueva evangelización está esencialmente conectada con la *misión "ad gentes"*. La Iglesia tiene la tarea de evangelizar, de anunciar el mensaje de salvación a los hombres que aún no

*Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres»* (Sal 125,3). También nosotros nos dirigimos hoy al Señor, *Redemptor hominis* y *Lumen gentium*, con gozoso agradecimiento, haciendo nuestra una oración de san Clemente de Alejandría: «*Hasta ahora me he equivocado en la esperanza de encontrar a Dios, pero puesto que Tú me iluminas, oh Señor, encuentro a Dios por medio de Ti, y recibo al Padre de Ti; me hago tu coheredero, porque no te has avergonzado de tenerme por hermano. Cancelemos, pues, cancelemos el olvido de la verdad, la ignorancia; y removiendo las tinieblas que nos impiden la vista como niebla en los ojos, contemplemos al verdadero Dios...; ya que una luz del cielo brilló sobre nosotros, sepultados en las tinieblas y prisioneros de la sombra de muerte; (una luz) más pura que el sol, más dulce que la vida de aquí abajo»* (Protrettico, 113, 2-114, 1). Amén.